

## LA SITUACION FINANCIERA DE CHILE EN 1878

París, Enero 11 de 1878.—Señor don Anibal Pinto.—Querido Anibal.—Pienso exactamente como Ud. que es muy triste gobernar a un país con sus arcas vacías. La tarea en este caso es sumamente dura; más, acaso, puede no estar exenta de gloria y satisfacción para más tarde.

Hay, en primer lugar, el mérito de hacer frente a la escasez, conservando el crédito nacional, y hay, además, la empresa de enseñar al país que es menester que se resigne a contribuir para las necesidades del Estado. Entre nosotros, donde el capital flotante goza de la tranquilidad y del progreso de la nación sin conocer el impuesto; donde los derechos de timbre están apenas iniciados; donde las diarias transacciones del comercio no tienen, por cuantiosas que sean, gravamen alguno; donde los licores y el lujo, vicios esencialmente gravables, o, más bien, fuentes de vicios y satisfacciones que deben pagar su existencia, y apenas dan algo, si lo dan; donde, en fin, las contribuciones son ligeras en unos casos y están por crearse en otros, me parece que el momento de esa enseñanza ha llegado y puede producir muy buenos frutos.—*A. Blest Gana.*

---

París, Enero 25 de 1878.—Estimado Anibal: He tenido el gusto de recibir por el último paquete su apreciable carta fecha 4 de Diciembre. Siento mucho ver por ella que no habían disminuído las dificultades de nuestra situación financiera.

He sabido, no obstante, por cartas de hacendados i comerciantes a amigos de por acá que la cosecha se presentaba con bastante buen aspecto, de modo que ya puede contarse siquiera con una esperanza fundada de mejores tiempos. Como decía

a Ud. en mi anterior, hablando de este asunto, en mi humilde entender, y es muy humilde, especialmente en materias económicas, hemos llegado a una situación en que se hacen de imperiosa necesidad varias modificaciones y nuevas medidas en nuestro sistema rentístico, a fin de ponerlo, hasta donde sea posible, al abrigo de la grande y desastrosa influencia que hoy tienen sobre él el precio del cobre y de la plata. No pretendo por esto sostener que la producción de esos dos metales sean nuestras únicas fuentes de entradas, y precisamente porque no lo son, hay fundamento para pensar que su influencia puede hacerse menos sensible, y asentarse las bases de nuestro presupuesto sobre fundamentos menos sujetos a perpétua mudanza. No há muchos días, tuve ocasión de confirmarme en estas ideas hablando sobre nuestra crisis financiera con Mr. Courcelle-Seneuil. A su juicio, hay en nuestra situación no pocos arbitrios que tocar con grandes probabilidades de mejorarla de un modo muy sensible, preparando al propio tiempo fuentes de ingresos menos variables que las aludidas. Oyéndolo hablar, se me ocurrió preguntarle si no le gustaría volver a Chile, y supe por él que indirectamente se le habian hecho propuestas a nombre del Gobierno; pero que se le ofrecía menos sueldo que el que tuvo ahora dieciocho años. Siento que el proyecto de llevar a Mr. Courcelle se haya malogrado, porque me parece que podría prestar buenos servicios. A una gran experiencia y habilidad, él une el conocimiento de los recursos del país, de modo que, hallándose ahí, le bastaría poco tiempo para poder ser un utilísimo cooperador de los esfuerzos del Gobierno en esa lucha contra el déficit, en la que un auxiliar como él podría llevar un valioso contingente de fuerza. Naturalmente que para que sus indicaciones fuesen acertadas, sería indispensable su presencia al lado del Gobierno, porque hechas esas indicaciones desde acá, pecarían probablemente de teóricas.—*A. Blest Gana*

---

París, Mayo 3 de 1878.—Mi estimado Aníbal.—He recibido su apreciable carta fecha 9 de Marzo en la que me habla Ud. de su grande y justísima preocupación: el estado financiero de

nuestro país. Ud. verá por mi anterior comunicación (1), que envié duplicada valiéndome de la vía de Panamá y de la de Magallanes, cómo he cumplido su encargo de estudiar aquí algunas medidas para salvar las dificultades de nuestro erario. En esa carta dí cuenta a Ud. de mi conversación con Mr. Rose Innes. Hoy remito a Ud. la carta que este señor me ha escrito desde Londres y en la que, después de hablar con el Director del Banco Oriental, confirma lo que me había dicho de palabra tocante a la imposibilidad de efectuar la conversión de nuestra deuda. Es indudable que cualquiera tentativa en ese sentido tiene muy graves peligros, sin ofrecer en cambio ninguna expectativa seria de compensación. Más, yo creo que, en último caso, si se cierran todas las demás puertas a la esperanza de algún arbitrio mejor, será fuerza llegar ahí para evitar la bancarrota. Vuelvo, pues, a recomendar el proyecto Courcelle-Seneuil, que le mandé con mi carta duplicada de que hablo al principio. A los que digan que ese proyecto empieza por gravar la más recargada de las fuerzas productivas del país, puede decirseles que ese plan no es un sistema financiero, sino la bomba destinada a concluir con el incendio que principia. Hay que hacer en todas las dificultades humanas lo que llaman la «parte del fuego», y si todo lo humano es imperfecto, nadie ha encontrado todavía el modo de crear recursos pecuniarios a un Estado en angustia sin descontentar a muchos. Es cierto que con los arbitrios que Mr. Courcelle sugiere perderán los bancos y perderán los monopolios, es verdad que los capitalistas verán amenazadas sus rentas, que hasta ahora han sido más respetadas en Chile que los animales entre los hindús, que creen en la trasmigración; pero el Estado puede salir de apuros indudablemente y crearse una situación más holgada, a favor de la cual puedan echarse las bases de una reforma radical y saludable de nuestra hacienda pública. Y no por lo dicho deja tampoco el plan que me ocupa de contener indicaciones de reformas permanentes. Ahí está, por ejemplo, lo de la

---

(1) Ni esta comunicación, ni el proyecto de Mr. Courcelle-Seneuil a que el señor Blest Gana alude poco después, se encuentran entre los papeles que nos ha facilitado generosamente el señor don Aníbal Pinto del Río.

rebaja de nuestro arancel de aduanas. Mientras caminemos del lado del proteccionismo iremos cegando poco a poco esa fuente de nuestros principales ingresos. El ejemplo de los azúcares, citado por Mr. Courcelle, es de una elocuencia incontestable y el ejemplo de todos los países que acuden a ese funesto recurso confirma cada día con más vigor las teorías liberales en materia de hacienda.

Veo por los diarios que el señor Ministro de Hacienda se ocupa de estudiar un proyecto de contribución sobre la renta. Ese sería, indudablemente, un medio salvador si llegase a ponerse en planta. Mas, ¿cuántas demoras, cuántos obstáculos va a encontrar ese valiente propósito? No se necesita, me parece, estar dotado de una perspicacia excepcional para vaticinar que serán infinitos, y que bien pasará un año antes de que el proyecto que se presente sea aprobado y otro año tal vez antes de que por ese impuesto entre el primer cóndor a las exhaustas arcas nacionales. De allí la necesidad del medio heroico para el agudo mal que nos aqueja, y el proyecto Courcelle responde a esa necesidad, necesidad dura ciertamente, pero que puede atenuarse, como decía a Ud. en mi anterior, ofreciendo a los agricultores el reembolso del nuevo gravamen que se les impone, por medio de la nueva contribución que se propone plantear el Gobierno.—A. Blest Gana.

---

París, Mayo 17 de 1878.—Mi estimado Aníbal: Ud. me habla de la posibilidad que al escribirme existía de concluir el arreglo con los banqueros chilenos por un empréstito por \$ 3.000,000. En el *Economiste* de París he leído que el empréstito se ha contratado ya. También he hallado en ese periódico la consoladora noticia de que las entradas de aduana del mes de Febrero en Valparaíso habían producido \$ 411,179, lo que representa un aumento de \$ 143,158 sobre el producto del mismo mes en el año anterior. Estudiando nuestra situación financiera, a la luz de los datos que contiene la *Memoria de Hacienda*, el porvenir no aparece tan sombrío como a primera vista lo hace ver la actual angustiada situación del país.

Si se acude al imperiosísimo arbitrio de suprimir la protección que se da al azúcar del interior contra la extranjera, si se reducen varios de los otros derechos de aduana, es seguro que la holganza principiará a hacerse sentir, desde que a esos recursos vendrán a unirse los productos del muelle de Valparaíso y de los Almacenes de Aduana. Un año del producto de esas fuentes no puede dejar de influir de modo muy benéfico, y si el Gobierno acomete valientemente el plan de Mr. Courcelle no solo me parece que desaparecería todo peligro, sino que antes de mucho tiempo volveríamos a una situación regular y de relativa abundancia.—A. *Blest Gana*.

---

París, Mayo 30 de 1878.—Mi estimado Aníbal: Veo por su carta que todavía no se presentaba ningun síntoma consolador en nuestra situación financiera y que el Gobierno se había resuelto a nuevos sacrificios en el presupuesto para poder ofrecerlos al Congreso en cambio de una contribución. Afectado tan directamente por esos sacrificios, apenas si me atrevo a dar mi parecer en la materia; pero, hablando a un amigo que me conoce, bien puedo usar de cierta franqueza que no emplearía con otros. Además, en mis anteriores ya he expuesto a Ud. mi manera de pensar en punto a los remedios para salir de la angustiosa situación de que Ud. con tanta justicia se queja. Esos remedios no son, por cierto, las economías a toda costa porque, digan lo que quieran los apóstoles de la administración gratuita, la máquina administrativa tiene necesidad de ciertos rodajes indispensables para funcionar con provecho del Estado, y lo que se ahorra suprimiendo empleos se perderá con intereses con lo que va a sufrir el servicio. La salvación está en nuevas contribuciones y un plan financiero como el que envié a Ud., obra de Mr. Courcelle.

El monopolio del azúcar, la *Memoria de Hacienda* lo está demostrando, nos hace perder medio millón de pesos anuales, y aunque se supriman todos los empleados públicos pagados y entren a servirlos gratis los hijos de la fortuna que pueden nutrirse de gloria, ese medio millón de pérdida estará siempre

ahí aumentando lo demás que se pierde con altas tarifas protectoras y lo que se deja de ganar en contribuciones justísimas.—*A. Blest Gana.*

---

París, Julio 26 de 1878.—Mi estimado Aníbal: En su apreciable carta de 3 de Junio me contesta Ud. a la mía en que le envié el proyecto de Mr. Courcelle para hacer frente a la crisis del Erario Nacional. «Si los acredores del 7 y del 6%, me dice Ud., convienen en que no se les pague la amortización, avísemelo, porque no vacilaríamos en aceptarlo». No creía que esa medida, como arbitrio aislado, fuera mirado con favor en la Bolsa de Londres, y cuando, en mi carta de 16 de Abril, hablé sobre ella, fué recomendándola como parte de aquel proyecto. Esta idea ha sido confirmada por Mr. Morgan, a quien escribí preguntándole su opinión tocante a ese recurso. He aquí sus palabras, que traduzco de una carta de ese señor, escrita el 19 del que rige: «Soy de parecer que cualquier paso de parte del Gobierno de Chile para alterar sus contratos con el público relativamente al fondo de amortización de sus empréstitos, sería perjudicial al crédito del país en Europa en un grado que difícilmente puede ahora apreciarse». Yo participo, como he dicho, de esta opinión, tratándose de una proposición hecha aisladamente a los tenedores de aquella deuda; más pienso que es un medio que podría tocarse, sin detrimento de nuestro crédito, al levantar un nuevo empréstito, presentando alguna nueva contribución como garantía.

Así, por ejemplo, si llegara a votarse la contribución sobre la renta y se ofreciese en hipoteca para negociar el empréstito exterior a que, tarde o temprano, creo que habrá que llegar, podría tocarse el arbitrio que me ocupa sin infundir los temores que haría nacer su proposición actualmente. Aunque a la distancia es muy aventurado formar juicios, temo, por el giro de las discusiones de nuestro Congreso, sobre todo por el espíritu que se nota en ellas, que no se voten en el presente año las contribuciones de que Ud. me habla, y esto amontonaría muchas y muy amenazadoras nubes en el horizonte del año venidero. ¡Dios quiera disiparlas con algun milagro, porque

sin milagro creo que las economías favoritas del Congreso no bastarán para ello!

Me figuro, pues, cuantas contrariedades rodean a Ud. en su ardua tarea y cuanto patriotismo necesita para vencerlas. Espero y sobre todo deseo que el Congreso se penetre de ello y deje de perder, como lo hace, la oportunidad de prestar a Ud. el apoyo que le debe para conjurar el mal.—*A. Blest Gana.*

---

Roma, Agosto 19 de 1878.—Estimado Aníbal: Escribiendo a Ud. desde la Santa Ciudad y empapado en la cuestión que aquí me ha traído (la preconización del señor Taforó como arzobispo de Santiago), Ud. hallará justo que consagre la mayor parte de mi carta a esa cuestión. Solo me detendré, pues en las noticias financieras que Ud. me comunica para manifestarle cuanto me alegro de que hayan mejorado un poco las rentas públicas y lo mucho que siento el que los Bancos intentaran pedir al Gobierno la suspensión del pago de la amortización de la deuda pública, porque solo el anuncio de solicitud semejante, hecho después del pánico que produjo en la Bolsa de Londres la noticia de la inconvertibilidad de los billetes de Banco, sería un rudo golpe para nuestro crédito, prolongaría y aumentaría la desconfianza del público y haría imposible toda operación, inclusive aquella de que Ud. me habla de pagar en Londres los bonos del empréstito interior del año pasado. Por esto es que me alegro de ver, por la carta de Ud., que el Gobierno estaba dispuesto a negarse a esa solicitud.—*A. Blest Gana.*

---

París, Noviembre 29 de 1878.—Mi estimado Aníbal: No es menos difícil el (negocio) del empréstito de que me habla Ud. también. En nota al Señor Ministro de Hacienda le doy cuenta de los pasos dados hasta hoy. No he perdido ni un momento desde que recibí los poderes, trabajando sin distinción de días de fiesta. Las dificultades son inmensas, y no soy yo solo el que lo digo, sino que son los hombres de la ciencia y de la

práctica. En mis gestiones aquí me he aconsejado con Mr. Courcelle-Seneuil y la opinión de este señor es de que ninguna casa de primer orden se atreverá en Francia a tomar el negocio. Mi primer paso para llevarlo a cabo en París ha confirmado ese vaticinio. Después de ese paso, creo que solo en Londres habrá posibilidad de levantar el empréstito. Sírvase Ud. fijarse en la unanimidad con que los banqueros ingleses consideran como elemento indispensable para la negociación la existencia de nuevas contribuciones.

Antes no se nos pedían estas porque nuestra deuda era mucho menor, porque no estábamos en déficit, ni teníamos papel inconvertible; pero cuando se conoce la nueva situación y cuando se sabe por acá que en Chile se discute sobre la suspensión de pago del fondo de amortización de la deuda exterior, que se paga más de medio millón de pesos para enviar el dinero destinado al servicio de esa deuda y que se nivela el presupuesto con empréstitos y no con entradas naturales, la situación se cambia de rosada en negra y nos vuelve la espalda el mismo público que antes se mostraba tan solícito por prestarnos su dinero. En tales circunstancias y con antecedentes tales, de nada puede responderse sin poder presentarse a tratar invocando la existencia de nuevas contribuciones. Las dificultades con que tropieza la negociación tendrá siquiera, es de esperarlo, la ventaja de que se convenza el Congreso y se convenza el país de que no puede seguirse adelante sin nuevas contribuciones, si se quiere evitar la pérdida absoluta de nuestro crédito, de las fuentes de recursos en el exterior y la bancarrota pública finalmente. Si solo se grava al pobre y el gran capitalista queda libre, si no se apela a recursos durables y que aseguren contra todo evento el servicio de la deuda, la negociación del empréstito parece imposible y es menester que el Congreso provea a los medios de salir del paso.—*A. Blest Gana.*

---

París, Diciembre 13 de 1878.—Muy estimado Aníbal: Si siento que no hayan bastado hasta ahora mis reiterados esfuerzos para poder comunicar a Ud. ninguna noticia satisfactoria

sobre este asunto (la preconización del señor Taforó), no siento menos el no poder tampoco transmitirle alguna buena tocante al proyecto de empréstito de £ 1.000,000. Por mi correspondencia oficial habrá ido imponiéndose Ud. que los mismos que aconsejaban desde acá un empréstito al Gobierno son los primeros que lo han declarado absolutamente imposible en las presentes circunstancias. En los negocios humanos no es solo la voluntad, por más que digan, el único agente eficaz para decidir de la resolución. Hay que admitir el poder de las circunstancias, comprendiendo en estas todas las peculiaridades del asunto de que se trata. En punto a empréstitos, por ejemplo, hoy son las dificultades infinitamente mayores que cuando yo contraté el de 1870. Entonces los empréstitos extranjeros gozaban de favor en todos los mercados europeos, mientras que hoy nadie quiere ni oír hablar de ellos. Acaba de fracasar un empréstito del Canadá en Londres, lo que es un síntoma muy elocuente, pues los ingleses tienen fé en el porvenir de sus colonias y la han perdido completamente en el de los países sudamericanos. No me bastaría una larga carta si fuera a explicar a Ud. las mil consideraciones que influyen en el mantenimiento de lo que se llama crédito, y cuando un país llega, como el nuestro, al déficit y a la inconvertibilidad del papel, nadie podrá infundir fé en su solvencia al prestamista, sino se le demuestra que para responder a nuevos compromisos se han creado nuevos y efectivos recursos. A los que escriban al Gobierno que hoy podrá levantarse en Europa un empréstito chileno, puede el Gobierno contestarle, con seguridad completa, que no es verdad, y puede estar seguro de que no hay casa alguna respetable que se hiciera cargo del negocio. Con nuevas contribuciones y pasado el fin de año, que es siempre una época de prueba para el mundo financiero, puede intentarse nuevamente el levantar el empréstito con algunas probabilidades de buen suceso.—A. *Blest Gana*.

---

París, Diciembre 27 de 1878.—Muy estimado Aníbal: Espero que Ud. habrá recibido oportunamente un telegrama que le dirigí en días pasados, diciéndole, en cifra: «Empréstito impo-

sible ahora». Mis comunicaciones oficiales sobre esta materia, de las que Ud. se habrá impuesto antes de recibir esta carta, contienen todas las explicaciones necesarias para la inteligencia completa de ese telegrama. Yo espero que el Gobierno, en vista de esas explicaciones, se convencerá de que cualquiera operación de crédito en estas circunstancias habría sido ruinosas y de consecuencias gravísimas para nuestro crédito en el porvenir. Yo creo que en situaciones como las que ahora se presentaban, el mejor servicio que un Agente puede hacer a su país y a su gobierno es el de no lanzarlos imprudentemente en operaciones desventajosas que ningún sacrificio basta más tarde para remediar. Guiado por esta convicción, me he mantenido sin salir de la esfera comercial en que Chile ha negociado en sus tiempos de prosperidad, absteniéndome de ocurrir a especuladores de baja categoría, en cuyas manos perderíamos en el presente y descenderíamos de la respetable posición que ocupamos. Todo, entre tanto, sigue conspirando contra el restablecimiento de nuestras finanzas. Por acá la plata y el cobre continúan bajos y no se divisan esperanzas de una mejoría de precio. Por lo que hace a las Aduanas, cuyo rendimiento fué en los primeros meses tan halagador, yo pienso que, sin una reducción fuerte en los derechos, su producto irá disminuyendo rápidamente. ¿Cómo salir de semejante situación? No queda más recurso que las contribuciones, en favor de cuya imposición ofrecen tan unánime como elocuente argumento las respuestas de los banqueros a quienes he propuesto la negociación del empréstito.—*A. Blest Gana.*